

## Melisa

Melisa es una isla perdida en el mar Jónico. Es tan pequeña, y está tan apartada, que muy poca gente sabe de su existencia. Es una isla afortunada porque tiene agua en abundancia; el campo está poblado de olivares y cipreses y en ciertas épocas se ven grandes extensiones cubiertas de flores de almendro blancas y rosadas. Una vez al año visita la isla un barquito de turistas que atraca en el puerto de Melisa, y allí los turistas desembarcan en pelotón y compran grandes cantidades de falsas antigüedades griegas, que constituyen la principal fuente de ingresos de los alfareros del lugar.

La isla se enorgullece de tener una pequeña colonia extranjera, compuesta en primer lugar por un francés muy anciano, que reside en una villa apartada y muy raras veces se deja ver en público. Se rumorea que está recuperándose de un amor desgraciado, pero a juzgar por el número de campesinas que tiene empleadas en la villa, todas ellas rollizas y de buen ver, se diría que ha encon-

trado el antídoto ideal para sus penas. También hay dos señoras inglesas de cierta edad que se pasan la vida rescatando gatos extraviados, haciendo buenas obras y dando aburridísimas lecciones de inglés a los melisiotas que desean adquirir conocimientos de esa lengua.

Ésa es, por así decirlo, la población estable, pero durante los meses de verano, las pocas gentes que saben de la existencia de Melisa (y que además son lo bastante inteligentes) alquilan destartaladas villas en el campo y van allí a tomar el sol y a bañarse en el mar templado, con lo cual cada año les van tomando más cariño a la isla y a sus simpáticos y bondadosos habitantes. Verdaderamente, Melisa es una especie de mundo al revés en el que la lógica no tiene nada qué hacer; en Melisa puede pasar cualquier cosa, y a menudo pasa.

El santo patrón de Melisa es san Policarpo. Una vez, en el transcurso de sus viajes en 1230, un viento siroco lo apartó de su rumbo y el santo no tuvo más remedio que quedarse en la isla hasta que mejoró el tiempo. En señal de gratitud por la hospitalidad que se le había mostrado, hizo obsequio a la isla de un par de vetustas zapatillas. Los melisiotas, conmovidos por tanta generosidad, inmediatamente lo nombraron su santo patrón, y de allí en adelante las zapatillas, cuidadosamente colocadas en un relicario, fueron el núcleo de toda ceremonia religiosa.

En la parte norte de la isla hay un pueblecito que se llama Kalanero. Está subido en lo alto del monte, y a sus pies

se extiende una fértil llanura cultivada que llega hasta el mar. Todas las mañanas se levantan los aldeanos y descienden en burro por la ladera —habrá sus buenos cuatro o cinco kilómetros— para trabajar sus campos. En el centro del pueblo se alza una gran villa veneciana que lleva trescientos años o más desmoronándose bajo el sol.

Durante mucho tiempo, los aldeanos miraron aquella villa con cierta animosidad, porque la poca gente que llegaba hasta allí no la alquilaba nunca, por lo cual no podía Kalanero presumir como otros pueblos de poseer villas habitadas por forasteros. Hasta que un día llegaron los Finchberry-White.

El padre, general de división Finchberry-White, era la viva imagen de lo que para los melisiotas debía ser un inglés: era alto y un poco corpulento, y por todas partes se movía con aires de ser el amo. Pero la verdad es que en el fondo era un melisiota. Poseía un raro talento —raro entre los ingleses, por lo menos—, que era su facilidad para los idiomas. No recuerdo ahora mismo cuántos idiomas hay en Europa, pero, sean los que fuesen, el general los hablaba todos tan bien como un nativo. Así que para el campesinado local presentaba el atractivo inmediato de ser un inglés que, cosa nunca vista, hablaba griego. Y tenía otro atractivo más: había perdido una pierna y llevaba una postiza de aluminio, articulada, sobre la cual en los momentos de tensión ejecutaba complicados ritmos de tambores africanos.

En cuanto descubrió la villa de Kalanero, la alquiló para mucho tiempo, y ni que decir tiene que los lugareños se llevaron una gran alegría. Ahora no solo iba a vivir entre ellos un inglés, sino un inglés que hablaba griego y que, además, era evidentemente un héroe de la guerra, porque le faltaba una pierna. La aldea se dividió en dos corrientes de opinión acerca de cómo lo había logrado. Medio Kalanero insistía en que le había ocurrido mientras tomaba Roma él solo; el otro medio Kalanero estaba convencido de que le había pasado mientras tomaba Berlín él solo. Lo que no sabía nadie era que el general había perdido la pierna un día que bebió más de la cuenta y se cayó por las escaleras de la casa de un amigo suyo en Chelsea. Pero la verdad es que era su dominio de la lengua griega lo que lo hacía ser tan querido por todos.

El general solo tenía una ambición en la vida, y esa ambición era pintar. Pero la pierna mala no le permitía recorrer sino distancias muy cortas. Ésa fue la razón de que alquilara la villa de Kalanero sin pensarlo dos veces. Tenía una amplia terraza desde la cual se dominaba un panorama de cipreses con el mar de fondo, y, por lo tanto, era un buen sitio para pintar. El general instalaba el caballete y pintaba muchos y malísimos cuadros de cipreses, porque en su opinión era un árbol fácil de dibujar y poniéndoles muchos colorines por detrás se conseguían unos paisajes que no tenían nada que envidiar a los de la Real Academia. Así, con una persistencia que estoy seguro

de que fue la misma que le valió sus galones, pintaba un cuadro tras otro desde aquel mismo punto de vista, para su completa satisfacción y la de los aldeanos, los cuales, naturalmente, le trataban con una reverencia de la que el propio Rembrandt se habría enorgullecido.

Había también, claro está, una señora Finchberry-White y dos niños, un niño y una niña. La esposa del general era una de esas señoras inglesas un tanto marchitas que debieron de ser muy guapas en su juventud, y ahora llevaba el peso de los años con suma elegancia. Dedicaba su tiempo a deambular distraídamente, recoger flores silvestres y organizar comidas totalmente desorganizadas a intervalos irregulares. Pero, por supuesto, los protagonistas de esta historia son dos niños: David y Amanda.



## Llegada

Naturalmente, los doscientos cincuenta habitantes de Kalandero estaban enterados de la llegada inminente de los Finchberry-White, lo cual quería decir que todo en el pueblo era emoción y actividad. Sin duda el más emocionado de todos era Yani Panioti. Yani tenía la misma edad que los niños, era su mejor amigo y desde el primer momento se había enamorado locamente de Amanda y la obedecía como un esclavo. Su cuerpo esbelto estaba tostado por el sol, y se movía con la agilidad de un gato. Bajo su mata de pelo, negro como el azabache y rizado como la viruta de madera, sus enormes ojos oscuros contemplaban el mundo con un aire irresistible de inocencia o relampagueaban con mirada traviesa y maliciosa. Ahora Yani ayudaba a limpiar la villa silbando bajito y con fino oído musical, y tenía el corazón contento porque, por fin, Amanda volvía a él.

Se abrieron de par en par las grandes contraventanas de la villa, chirriantes y resquebrajadas por el sol, y la vieja Mama Agathi y su marido, que eran los guardianes,

se aplicaron a quitar las telarañas acumuladas durante el invierno y a fregotear el blanco suelo, mientras el propio Yani se encargaba de barrer y limpiar de malas hierbas la gran terraza. De hecho es más que probable que la gran terraza se barrierá y limpiara con mayor esmero que el resto de la villa, cosa muy natural tratándose del puesto de observación del general.

Hasta que una mañana los aldeanos se despertaron sabiendo que había llegado el gran día, pues en el puerto se esperaba a la Ninfa de Jonia, un modesto navío escorado a estribor y con un gran boquete en la proa que era el único enlace de Melisa con el continente. A pesar de ser un barco muy poco marinero, al general le gustaba viajar en él, pues, según decía, cada travesía era una aventura náutica digna de un sir Walter Raleigh o un sir Francis Drake. La Ninfa de Jonia atracó en el puerto de Melisa, y poco después Yani Panioti, encaramado a lo alto de un olivo, comunicó con gestos y gritos a los de la aldea que ya se veía la blanca nube de polvo que levantaba el único taxi de Melisa según conducía a los Finchberry-White hacia Kalanero.

El alborozo con que los aldeanos saludaron la llegada del taxi a la plaza mayor del pueblo fue indescriptible. Hasta el viejo Papa Yorgo, que (como sabía todo el mundo) pasaba de los cien años, pidió que se le sacara, apoyado en dos bastones, para saludar a los forasteros. El alcalde, Niko Oizus, un hombre esférico con enormes bigotes de

morsa, que exudaba sudor y servilismo rastrero al mismo tiempo, salió para darles la bienvenida en nombre del pueblo entero. Allí estaba incluso Coocos, el llamado tonto del pueblo, con su cara redonda convertida en una pura sonrisa y luciendo en honor a la ocasión el viejo sombrero hongo que el general trajera de Inglaterra el año anterior. Aquel sombrero era uno de los tesoros más preciados de Coocos, después de un jilguero que llevaba a todas partes en una jaulita y sobre el cual derramaba su amor y sus cuidados hasta extremos increíbles. Hubo obsequios de todos: cestas de naranjas y limones, pañuelos llenos de huevos, almendras y nueces, y, por supuesto, enormes cantidades de flores multicolores de todas clases.

A Yani le pareció que Amanda estaba, si acaso, más guapa todavía que el año anterior, y la siguió con una ancha sonrisa en su cara morena mientras ella correteaba emocionada por el pueblo besando y abrazando a todo el mundo, resplandeciente al sol su cabello dorado y brillantes de emoción sus azules ojos. David la seguía con paso más tranquilo, repartiendo solemnes apretones de manos.

—¿Les gusta Kalanero? —preguntó Yani en broma, cuando, ya amortiguado el alborozo de la aldea, los tres niños emprendieron el camino de la villa.

—¿Cómo que si nos gusta? —dijo Amanda, de cuyos ojos el sol arrancaba chispas de color zafiro—. Claro que nos gusta. Es *nuestro* pueblo.

Cuando llegaron a las grandes y herrumbrosas rejas de hierro que guardaban la entrada de la villa, pareció como si la animación y el entusiasmo de Yani ante su llegada hubieran decaído.

—¿No estás contento de que hayamos vuelto? —le preguntó Amanda.

—Sí —dijo Yani—. Es que estoy preocupado.

—¿Y por qué estás preocupado? —preguntó Amanda muy sorprendida.

—Ahora no se lo puedo decir —respondió él—. Esta tarde nos vemos en el olivar. Ahora me voy porque tengo cosas que hacer.

—¿Es algo divertido? —preguntó Amanda muy animada.

—No —dijo Yani—. No es nada divertido, y les quiero pedir consejo.

—Dínoslo ahora —pidió David.

—No. Esta tarde, en el olivar, donde nadie nos oiga —dijo Yani, y regresó corriendo al pueblo.

Amanda y David entraron en la villa, y se encontraron con que ya había sido amorosamente desorganizada por la señora Finchberry-White y Mama Agathi. A pesar de haberlo intentado por todos los medios, la señora Finchberry-White jamás había logrado aprender más de cuatro o cinco palabras de griego, y como Mama Agathi no era tampoco ninguna lingüista, el dúo que formaban las dos era digno de oírse. El general había sacado de las

maletas lo que para él constituía la parte más vital del equipaje familiar, es decir, su caballete y sus pinturas, y los había instalado en la terraza.

—¿Verdad que la gente del pueblo es maravillosa? —dijo Amanda.

—Son muy cariñosos —dijo el general, poniendo todo su esmero en dibujar otro ciprés con gran precisión y absoluta inexactitud.

—Papá, no me digas que vas a pintar otro de esos cuadros horribles —dijo David—. ¿Por qué no lo pintas desde otro ángulo? Y, además, estás haciendo mal los árboles.

—Cuando mi grado de senilidad aconseje que tú me des lecciones de pintura, ten por seguro que no dejaré de comunicártelo —dijo el general, y siguió pintando impertérrito.

—Yo creo que deberías hacer cosas como las que hace Picasso —dijo Amanda—, porque así nadie se daría cuenta de lo mal que dibujas.

—¿Por qué no vas a ayudar a tu madre? —dijo el general—. Si no, con lo bien que se le da la lengua griega, me temo que nos quedamos sin desayuno.

Amanda exhaló un suspiro de resignación, y cruzando las destartaladas habitaciones donde resonaban sus pasos se dirigió a la cocina. Allí su madre estaba intentando explicarle a Mama Agathi, sin demasiado éxito, cómo eran los huevos revueltos. Para Mama Agathi no

había más que dos clases de huevos: o crudos o cocidos y pintados de rojo en Pascua.

—Mamá, no tienes arreglo —dijo Amanda con impaciencia—. Ya que no aprendes griego, por lo menos podrías dejar de confundirla pidiéndole cosas que en su vida ha oído nombrar.

—Pero, hija mía, si todo el mundo ha oído nombrar los huevos revueltos —dijo la señora Finchberry-White muy sorprendida—. Cuando yo era joven, los hacíamos todos los días para el desayuno.

—En esa habitación hay unas florecitas color de rosa muy interesantes que me ha dado Yani —dijo Amanda—, ¿por qué no vas a ponerlas en agua y mientras yo organizo el desayuno?

Encantada de quitarse de encima la pesada responsabilidad de los huevos revueltos, la señora Finchberry-White abandonó la cocina para añadir las flores a su colección, y Amanda, con unas frases rápidas y decididas, organizó el tipo de desayuno que quería el general.

Al poco rato estuvo dispuesta la mesa en la terraza, y el general, despidiendo fuerte olor a trementina, ocupó su asiento en la cabecera y se puso a devorar grandes montañas de huevos revueltos del color del sol poniente, y enormes tostadas que goteaban mantequilla y sostenían una gruesa capa de mermelada de naranja especial que él mismo había traído consigo con ese fin.

—¿Qué van a hacer hoy? —preguntó la señora Finchberry-White a sus hijos.

—Yo quiero ir a Hespérides —dijo Amanda.

—No —dijo David tajantemente—. No podemos ir a Hespérides sin Yani, y Yani tiene cosas que hacer.

—Pues yo quiero nadar —dijo Amanda.

—Pues nada, pero a Hespérides *no* vamos sin Yani.

Aunque para casi todo Amanda era la más dominante de los dos, en las rarísimas ocasiones en que su hermano adoptaba aquel tono de voz, Amanda, a pesar de ser la mayor, cedía dócilmente.

—Está bien —dijo con resignación.

Habían descubierto Hespérides durante el primer verano que pasaron en Melisa. Era una islita situada frente a la costa a poca distancia de la aldea, tan poblada de cipreses que sobresalía del agua como una especie de lanudo triángulo isósceles. En lo más alto había una explanada con una iglesia diminuta, como las que tan a menudo se encuentran en Grecia, cuyo interior podía alojar cómodamente a tres feligreses siempre que no estuviera, además, el cura. Junto a la iglesia había dos cuartitos encalados en los que durante muchos años había vivido un monje muy viejo. Hacía tiempo que muriera el monje, y aunque el arzobispo de Melisa había escrito a Atenas pidiendo un sustituto, no recibió respuesta. Transcurridos dos años sin recibir noticia alguna de Atenas, el arzobispo dedujo que su carta se había perdido, y tomó nota mentalmente de que debía volver a es-